

Cuarto Domingo de Cuaresma A2020

Las lecturas de este cuarto domingo de Cuaresma hablan del juicio de Dios. Muestran que Dios juzga de acuerdo con las prerrogativas divinas que miran, sobre todo, al corazón de la persona. Los seres humanos, por el contrario, juzgan al referirse a las apariencias externas. Nos invitan a entrar en la visión de Dios para comprender sus juicios.

La primera lectura cuenta la historia de la unción de David como el rey de Israel. Muestra cómo, contrario al pensamiento de Samuel, ninguno de los hijos mayores de Jese fue elegido por Dios para el trono de Israel. También muestra la sorprendente elección de David, que era el más joven y el menos experimentado entre sus hermanos. Finalmente, el texto describe la unción de David y su ser llenado del espíritu de Dios.

Lo que este texto nos enseña es que los caminos de Dios son diferentes de los humanos. Otra idea es que, mientras los seres humanos juzgan al observar las circunstancias externas y las apariencias físicas, Dios mira el corazón humano. La última idea está relacionada con la certeza de que Dios tiene preferencia por los humildes, los débiles y los pobres.

Este texto nos permite entender el punto del Evangelio de hoy, ya que describe la curación del hombre nacido ciego. En primer lugar, el Evangelio comienza con una curiosa conversación entre Jesús y sus discípulos sobre la responsabilidad de nacer ciego, si la causa fue el pecado del hombre mismo o el de sus padres.

Luego, da la respuesta de Jesús, quien declara que no fue culpa de ninguno de ellos, sino más bien para que la obra de Dios se haga visible a través de él. Después de esto, el Evangelio describe la curación en sí misma, cómo sucedió a través del tacto de los ojos del ciego con arcilla y su lavado en la piscina de Siloé.

La segunda parte del Evangelio describe el encuentro del hombre sanado con sus vecinos, los fariseos y sus padres. Muestra la controversia que siguió y la duda de los fariseos de que nació ciego. Muestra igualmente la excusa de sus padres, así como la mala fe de los fariseos que tratan a Jesús como un pecador.

La última parte del Evangelio describe el encuentro final de Jesús con el hombre sanado. Muestra en particular cómo reconoció a Jesús como el Mesías y creyó en él. Finalmente, el Evangelio describe la reacción de los fariseos a todo el discurso de Jesús y su respuesta de que estaban ciegos porque permanecieron en sus pecados.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de los ojos de la fe. ¿Qué quiero decir con eso? Antes de explicarles lo que quiero decir, quiero contarte una historia. De hecho, en la ciudad donde crecí, había una señora que era ciega. No recuerdo las circunstancias que rodearon su ceguera, si fue causada por una enfermedad, un accidente o por nacimiento. Para sobrevivir, ella estaba continuamente rogando.

A diferencia de ustedes y yo, esta señora no conocía la luz del sol o el brillo de la luna. Cualquiera que sea el cambio de las estaciones, su vida siempre fue la misma, en la oscuridad continua. A diferencia de ustedes y yo, ella no podía distinguir una casa de un automóvil o un hombre de un árbol. No podía disfrutar de la belleza de las vidrieras o los colores de un arcoíris.

Sin embargo, a pesar de su evidente limitación y discapacidad, sus otros sentidos estaban muy bien desarrollados, como su oído, tacto, olfato, etc. Por ejemplo, un día cuando pasé por allí, de repente exclamó: "¿Quién está allí"?

Este incidente estuvo conmigo todo el día. Me di cuenta de que incluso si ella no veía con sus propios ojos, sí veía de una manera diferente. Entonces, recordé las palabras de uno de los escritores franceses, Antoine de St Exupery: “Lo que es esencial es invisible para los ojos; solo se ve bien con el corazón”.

Creo que el gran desafío que enfrentamos hoy es dar ojos a nuestro corazón para ver las maravillas de Dios que nos rodea y su mano que nos guía a lo largo del meandro de nuestra historia humana. Mientras no le demos ojos a nuestros corazones, podemos pasar al lado de Dios viniendo a nosotros y tratando de restaurar nuestra salud plena. Mientras nuestro corazón esté ciego, nunca reconoceremos su presencia en los eventos que suceden a nuestro alrededor.

Tal visión nos ayuda a entender por qué, aunque algunas personas pueden estar físicamente sanas con su vista, no obstante pueden ser espiritualmente ciegas. Y creo que la ceguera espiritual es peor que la ceguera física, porque nos impide ver la presencia de Dios en acción en los acontecimientos de nuestra vida.

De hecho, toda la discusión entre los fariseos y el ciego, entre Jesús y los fariseos en el Evangelio de hoy, se trata del reconocimiento del estado de ceguera física y ceguera espiritual. Aunque los fariseos piensan ver, sin embargo, son ciegos. Debido a esta ceguera, no pueden reconocer la mano de Dios trabajando en Jesús. Continúan tratando a Jesús como un falso profeta o un pecador.

La ceguera espiritual, de hecho, no es una maldición. Puede ser sanado y solo Dios puede sanarlo. La forma particular en que Dios lo cura es a través de los sacramentos de la Iglesia. Cada sacramento, de hecho, es, a su manera, una manifestación del poder sanador de Dios que opera dentro de él para salvarnos.

Por ejemplo, en el Evangelio de hoy, hay un proceso completo en la curación del ciego. De hecho, Jesús toma saliva, la mezcla con la arcilla, mancha los ojos del ciego y lo envía a lavarse. Una vez que lo hace, puede ver. Tal proceso apunta al sacramento del bautismo con el uso del agua y el aceite sagrado.

Jesús nos llama en este tiempo de Cuaresma para dar testimonio de él en medio de las dificultades y crisis de nuestras vidas. Es por eso que en el Evangelio aparece solo al principio y al final del texto. El punto es que él quería que el ciego creciera en fe en medio de los conflictos y las dificultades de la vida. Luego, puede preguntarle si cree en el Hijo del Hombre y el ciego puede responder que sí. Esto es lo que Jesús quiere para nosotros también.

Esta semana, recemos que Dios nos dé valor para dar testimonio de Jesús. Aprovechemos la Cuaresma para convertirnos en verdaderos discípulos de Jesús. Que Dios los bendiga a todos!

1 Samuel 16: 1b, 6-7, 10-13a; Efesios 5: 8-14; Juan 9: 1-41



Fecha de la Homilía: el 22 de Marzo, 2020
© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20200322homilia.pdf